

sado. Los agresores se habían escurrido por las selvas sin ser perseguidos de los españoles. Desconociendo éstos el terreno y andando en tinieblas, demasiado cuidado llevaban consigo de no tirarse mutuamente, de lo cual se corrió inminente riesgo, entre aquella confusión y baraúnda en que los combatientes pelearon á veces mezclados y cuerpo á cuerpo.

Cuando escampó la granizada de flechas, Godoy se retiró al cuartel con sus tropas, y esperó la luz de la mañana para medir el tamaño de sus pérdidas, que él sospechaba de bastante importancia: al amanecer se sintió consolado, viendo que eran menores de lo que imaginaba, sobre todo comparándolas con las que los indios habían sufrido: las armas de fuego habían hecho en ellos un estrago inexplicable. Mandó enterrar á los muertos, lo cual no fué poca faena, y aprovechando la lección, tomó todas las seguridades para no volver á sufrir una sorpresa tal que estuvo á punto de acabar con todos sus soldados en una sola noche.

Los indios por su parte recibieron escarmiento, y en muchos días no se asomaron ni á distancia del cuartel: ó avergonzados, ó despechados, ó temerosos, se alejaron de Champotón, dejando á los invasores en aislamiento. Empezó á escasearles á éstos la comida, y aunque tenían pescado en abundancia en aquellas playas, temían engolfarse y ser sorprendidos por canoas de indios flecheros; faltábales el pan, y estaban deseosos de otra clase de vianda más sustanciosa. Algunos soldados se aventuraban en los bosques á cazar venados, conejos ó pavos; pero pronto se vió que la caza era entretenimiento en

que la vida peligraba. Un suceso triste vino á persuadirlo. Dos soldados, agujoneados por el deseo de comer algo que no fuese pescado, se metieron en una floresta vecina, y, abstraídos por la agitación de la caza, se alejaron sin sentirlo del campamento. Atibados por los indios, de pronto se vieron sitiados por un gran número de ellos que se propusieron cogerlos vivos para sacrificarlos á sus dioses. Justamente tenían pensado hacer un solemne culto y sacrificio para impetrar la victoria contra los extranjeros; porque, aunque vencidos, no cejaban un punto en su decisión de arrojar á los invasores. Los dos infelices españoles quedaron sobrecogidos de horror al verse cercados por infinidad de indios y, se creyeron perdidos; no obstante pugnaron por abrirse paso; pero tuvieron que sucumbir al número y, llevados en triunfo al cacique, fueron reservados para solemne y truculento sacrificio. Se les guardó con centinelas de vista en jaulas de madera, se les alimentó y regaló con manjares delicados, y á los pocos días, pintado el cuerpo de azul, y con la coraza en la cabeza fueron llevados al templo. Allí se les sacó el corazón, y se ofreció caliente, humeante, á los ídolos, y lo demás del cuerpo se partió en pedazos y se distribuyó entre los devotos para comerselo en festin abominable. El sacerdote tomó para sí las manos, los pies y la cabeza, y el cacique hizo lavar cuidadosamente los huesos más grandes y los conservó como trofeos. Junto con los desgraciados españoles fueron también sacrificados y comidos varios niños de tierna edad ofrecidos por sus padres, ó arrancados violentamente del regazo de sus madres para este destino cruento. Estaban

los indios empeñados en desagráviar á sus dioses, y, entregados á su obstinada superstición, ni el más leve rastro conservaban de las predicaciones del padre Testera.

Aunque parecían quietos y pacíficos los indios, en realidad no estaban sino fraguando una coalición, para caer en abrumadora multitud sobre el real de Champotón: enviaron comisarios á todos los cacicazgos á enardecer y exaltar el patriotismo de sus habitantes y moverlos á que viniesen á ayudar á dar un golpe formidable á los invasores. Se habían celebrado con este objeto juntas y conferencias, y de ellas habían salido pactos de mutua alianza, sellados con juramentos, maldiciones y conminaciones, en que los sacerdotes intervinieron en nombre de los dioses: muchos caciques se obligaron á enviar grandes fuerzas, todas las cuales obrarían bajo la dirección del cacique de Champotón.

Fueron llegando de todas partes soldados, y los españoles no pudieron ignorar que se estaba preparando un ataque muy serio á sus posiciones. Sin la afluencia de gente en los pueblos circunvecinos bastante á ponerlos en guardia, algunos avisos llegaron á sus oídos de modo que no pudieron dudar de que estaban en vísperas de una gran refriega: se prepararon á ella y esperaron tranquilamente que la tempestad estallase.

Reunidos los indios confederados, rompieron las hostilidades emprendiendo con estrépito y algazara un ataque general al cuartel español. No los desalentó la resistencia invencible que les fué opuesta; antes pareció agijonear su furia, y rabio-

sos arremetieron de nuevo en masa compacta. El aire se oscureció con la lluvia espesa de flechas y el humo de la polvora, y por más que caían muertos infinidad de indios, los asaltantes no se detenían, los cadáveres mismos de sus compañeros les servían de pavimento para continuar la lucha. Morían también los españoles á los tiros de aquella cerrada multitud, y apretados por el cerco que se iba haciendo cada instante más estrecho, sintieron el animo desmayar y decidieron emprender la retirada á los buques, antes de que el camino de la playa se volviese impenetrable. En buen orden, y sosteniendo el fuego en retirada, se fueron acercando á la mar y metiéndose en los botes se pusieron en salvo.

El campo había quedado por los mayas, y entre estremecimientos de júbilo entraron al abandonado cuartel español y lo saquearon: cogieron los vestidos de los españoles, que por la prisa de la retirada se olvidaron, y poniéndoselos á guisa de trofeo, salieron á la playa á mofarse de sus fugitivos enemigos, arrojándoles en cara su cobardía y diciéndoles mil improprios y sandeces. Como los españoles entendían algo de la lengua maya, comprendieron la sangrienta burla que del valor castellano se estaba haciendo; hirvió el encono en sus almas, y sintiendo el rubor en el rostro y en el corazón la saña, se olvidaron de su propia vida, y, revolviendo veloces á la playa, tomaron la más vigorosa ofensiva. Los indios por su lado, aunque asombrados de la osadía, volvieron á la carga impetuosamente. La lucha se trabó de nuevo: los castellanos ciegos y fieros sembraban la muerte sin

descanso; no se cuidaban de perecer; habían resuelto vengar la diatriba de sus adversarios, y su empeño era permanecer dueños del campo. Lo prolongado de la lucha, la obstinación exaltada de los invasores, sembró el miedo entre los indios, poco acostumbrados á sostener largas batallas; perdieron el ánimo y se retiraron: los españoles no pensaron en perseguirlos porque estaban desfallecidos y próximos á morir de fatiga.

Esta derrota quebrantó el aliento de los indios y los dispersó. Coadyuvaba también á ello su sistema de pelear: en sus guerras no acostumbraban llevar más provisiones que las que cada soldado cargaba consigo, y así desde que sufrían la primera derrota cada cual tomaba el camino de su casa por la senda más breve que se presentaba ante sus pasos. Lo mismo sucedió esta vez: la gran multitud de confederados se desbandó en precipitada fuga: el mismo cacique de Champotón tuvo que retirarse á un pueblo apartado, á causa de no tener soldados en quienes apoyarse.

Si los habitantes de Champotón se veían á punto de perderse por los ataques de los indios, la villa de San Pedro de Tenosique, en que gobernaba el capitán Francisco Gil, pasaba por no menores tribulaciones. No era que sufriese también serias embestidas de las tribus de Lacandones que la rodeaban; otra era la calamidad que aquejaba á sus habitantes aislados en medio de la selva, y con difíciles comunicaciones para ponerse en contacto con las demás colonias españolas: el hambre y las enfermedades diezmaron á los pobladores. Viendo el capitán Gil que los españoles llevaban riesgo de

perecer de necesidad, juzgó prudente despoblar la villa y replegarse con toda su gente á Champotón. Consultó el punto con D. Francisco de Montejo, el mozo, y éste que conocía de vista ambos establecimientos, fué de parecer conforme con el del capitán Gil. Recibido el permiso, Francisco Gil se dirigió á Champotón por tierra, atravesando pantanos, ríos y bosques. Algunas tribus indias lo molestaron en su camino, y al cabo de algún tiempo llegó á Champotón. Los españoles de Champotón se alegraron de recibir tan oportuno refuerzo, y se afirmaron en el pensamiento de permanecer pié quedo en aquella playa que tanta sangre les había costado.

Parece que entonces D. Francisco de Montejo, el mozo, estaba en Champotón,¹ donde había ido á visitar la colonia para informarse de sus necesidades y recursos. De acuerdo con los principales jefes y capitanes, determinó que la nueva población viniese á sustituir la recientemente despoblada villa de San Pedro de Tenosique, y que así se nombrase villa de San Pedro de Champotón. Eligieron alcaldes, nombraron regidores y demás oficiales para el servicio público, y permaneció siempre como jefe el maestro de campo Lorenzo de Godoy. Don Francisco de Montejo, el mozo, se volvió á Tabasco en compañía de Francisco Gil, quien probablemente se regresó á Guatemala de donde era conquistador.

Después de la partida de Montejo á Tabasco, estuvo á punto de formarse otra coalición contra los españoles. Varios caciques de la provincia de

¹ *Probanzas de D. Francisco de Montejo*, lugar citado.—Cogolludo, tomo I, pag. 195.

Champotón empezaron á conspirar para levantar un nuevo ejército que cayese sobre los españoles y los acabase. Por fortuna, de lo que se estaba tramando algunos indios amigos dieron aviso al capitán general de Champotón, que lo era por entonces D. Francisco de Montejo, sobrino del adelantado. Este había sustituido al maestro de campo Lorenzo Godoy, el cual siguiendo las huellas del capitán Francisco Gil se había vuelto á Guatemala, en donde tenía sus afecciones, como que había servido allí en la conquista y población de aquellos países, y conservaba encomienda y familia.¹

Muy preocupado estuvo el capitán general Montejo al descubrir la conspiración, y más temeroso pensando que si estallaba no tendría fuerza para oponerse á ella, porque muchos de los pobladores se habían ido para otras provincias. Reunió á los jefes más experimentados é inteligentes y conferenció secretamente sobre las medidas que deberían tomarse para hacer abortar la conspiración. Discutidos los planes y sistemas que se propusieron, al fin, de comun acuerdo se convino que lo que ofrecía mayor éxito, sería sorprender á los principales caudillos de la conspiración, antes de que estallase; prenderlos inopinadamente; y con rapidez sacarlos de la provincia y llevarlos á Tabasco para que el gobernador Montejo los castigase. Semejante golpe sólo podría ser seguro si se verificaba con tanta celeridad que dejase sobrecogidos á los indios por

¹ Godoy Lorenzo. El y su hijo Juan sirvieron en las conquistas y poblaciones de los reinos de Guatemala, con Don Pedro de Alvarado. *Historia de Guatemala* de D. Francisco Antonio de Fuentes y Guzmán, tomo I, página 104.

su misma osadía, de modo que al recapacitar ya estuviesen en Tabasco sus jefes fuera del alcance de su protección. Surgía un obstáculo de gravedad, y era que en aquellos días no había ningún buque que transportase á los presos á Tabasco: era preciso conducirlos por tierra, y tal viaje estaba erizado de peligros, ya por la mala calidad de los caminos, ya por la distancia, ya porque los conductores de seguro habrían de ser asaltados por turbas de indios que saldrían á arrebatár á los presos.

El impedimento era difícil de superar; pero todo lo allanó la bizarría y arrojo juvenil de Juan de Contreras, que con desprecio de todo riesgo, aun el de la propia vida, se ofreció á conducir á los presos á Tabasco en breves días y con toda seguridad. Todos lo conocían valiente, rayano en temerario, esforzado y de palabra leal é inquebrantable: lo que prometía lo cumplía sin remedio, á costa de cualquier sacrificio. Su oferta infundió completa confianza, y el capitán Montejo, el sobrino, aceptó con agrado el compromiso. No hubo ya sino poner en ejecución la prisión de los principales cabecillas.

No costó trabajo apoderarse de los conjurados: los que denunciaron la conspiración habían contado sus pormenores é individuado los nombres de los jefes comprometidos en ella. Salieron al mismo tiempo de Champotón varios capitanes españoles con piquetes de tropa para diversos pueblos, y cayendo de improviso en ellos, aprehendieron á los caciques, y los llevaron á Champotón. Allí Juan de Contreras, con una escolta, se hizo cargo de ellos, y salió rumbo á Tabasco. Con el fin de evitar un golpe de mano, fuerzas suficientes salieron en pos de Juan

de Contreras á cubrirle los flancos y la retaguardia hasta que saliera de los límites de Champotón. A marchas forzadas llegó el enérgico y atrevido capitán á Nuestra Señora de la Victoria, y entregó los presos al gobernador, como había ofrecido.

Don Francisco de Montejo, el mozo, que deseaba hacerse de amigos en Yucatán que lo ayudasen en sus previstas empresas, empleó feliz estrategia con los caciques mayas: los recibió con desabrimiento y enojo, les pintó con los más oscuros colores la gravedad de su falta, su ingratitude, su deslealtad, y cuan bien merecían ser castigados con la pena capital; luego que los caciques estuvieron llenos de espanto y terror, cambió de tono; los perdonó y los despachó en libertad, recalcándoles que esto lo hacía para que prácticamente conociesen que no se proponía dañarlos sino vivir con ellos en paz y quietud en la más completa amistad.

Los caciques pasaron de la muerte á la vida, y se sintieron tan agradecidos que vueltos á sus hogares fueron los amigos más adictos que tuvo Montejo en Champotón: ellos fueron los empeñados más adelante en apaciguar á sus paisanos y en desviarlos de toda agresión contra los españoles.

Don Francisco de Montejo, el sobrino, estaba posesionado firmemente de Champotón: había ejecutado todas las obras de defensa necesarias á sostenerse entretanto llegaban los socorros esperados para continuar la conquista de la península. Los indios de los lugares circunvecinos habían depuesto toda hostilidad y entrado en francas relaciones de amistad y de comercio; no así los del interior de la provincia, colindantes con los Lacandonés,

y con los de Acalan y de Tixchel, los cuales persistían tenazmente en su hostilidad: varias veces intentaron penetrar en sus tierras algunos piquetes de españoles y fueron rechazados y hostilizados sin piedad.

Algunos buques llegaron de Veracruz y Tabasco en varias ocasiones: en ellos recibían provisiones frescas y noticias de las otras colonias. Don Francisco de Montejo, el mozo, sostenía á los de Champotón incesantemente con promesas de refuerzos y con ofertas de premios y recompensas: tres veces fué él mismo en persona á visitarlos y los alentó con su palabra persuasiva y animadora. No obstante, el tiempo pasaba y los socorros tardaban; ya no se hablaba en la colonia sino del poco provecho que se sacaba, de la poca esperanza de recompensa después de tantas calamidades sufridas: no se ocultaba que el país era pobre, exhausto de minas, y de una conquista difícil por lo belicoso de sus habitantes: muchos de los soldados empezaron á desertar escapándose unos en canoas, resignándose otros á la aspereza de un viaje por tierra con tal de salir de aquel que ya parecía cautiverio. Viendo el capitán Montejo que la desertión aumentaba, se dió cuenta de la magnitud del peligro á que estaba expuesto, y se esforzó en contener la despoblación que amenazaba dejar desierta en breve la villa de Champotón: halagó, obsequió y atrajo á los capitanes más influyentes, persuadiéndoles á que usasen de todo su crédito, á fin de sosegar á todos los inquietos y determinarlos á que permaneciesen en la colonia. Hubo también necesidad de tomar algunas medidas severas, y fueron perseguir á los fugitivos y desertores y traerlos

presos á la villa, y se pusieron centinelas y vigilantes en las playas y caminos para que detuviesen á los que pretendiesen escaparse.

A pesar de tantas precauciones, la deserción continuaba, en términos que la guarnición de Champotón quedó reducida á diez y nueve españoles, entre los cuales se distinguían, como más constantes y firmes, Gomez de Castrillo, Juan de Magaña, Juan de Parajas, Juan López de Ricalde, Juan de Contreras y Pedro Núñez.

En el año de 1539, la situación de Champotón fué casi desesperada, y los más esforzados colonos, trataron de despoblar la villa, é irse cada cual al lugar que más le conviniese: lo participaron abiertamente al capitán general Montejo, el sobrino, y por más empeño que éste tomó en persuadirlos á que aguardasen la venida del adelantado Montejo, que no podía tardar, todos insistieron en su determinación, y aprovechando un buque que había en el puerto, prepararon su equipaje para embarcarse. El propósito de desamparar Champotón se había generalizado, y hasta los alcaldes y regidores presentaron renuncia de su empleo á fin de poder embarcarse con toda libertad.

Don Francisco de Montejo, el sobrino, agobiado bajo el peso de la gran responsabilidad que le cabría, acudió á un medio que demorase la inminente despoblación de Champotón: convocó á una junta á los alcaldes, regidores y capitanes más influyentes, con el fin de tratar acerca de la manera más conveniente de remediar los daños que podrían sobrevenir con el abandono de un punto tan importante á los proyectos ulteriores del jefe común,

el adelantado Montejo. En esta junta se resolvió no ejecutar tan intempestivamente el abandono de Champotón y enviar un comisionado al adelantado para informarle la embarazosa situación en que se encontraba la colonia y la firme resolución en que estaban los colonos de abandonarla definitivamente sino recibían en breve plazo socorro de hombres, armas y municiones de boca y guerra para acabar la conquista y tomar posesión de toda la península, consolidando así la dominación española y poniéndose en aptitud de empezar á recoger las utilidades de tantos trabajos y fatigas como habían pasado. Se eligió como comisionado al infatigable Juan de Contreras, quien, provisto de todos los despachos oficiales y de un informe circunstanciado de las operaciones practicadas y situación desesperada de Champotón, se embarcó para Tabasco con instrucción expresa de ir á encontrar al adelantado Montejo en donde estuviese y volver luego con su resolución, en vista de la cual tomarían la decisión más conveniente.